



EL NACIMIENTO DEL EBRO.

El río *Ebro*, célebre, entre otras cosas, por haber dado (según el dictamen de muchos historiadores antiguos y modernos) el nombre de *Iberia* á la España, nace en el lugar de *Fontibre* ó *Fontible*, cuyo nombre se deriva del latino *Fons Iberi*, que significa *Fuente del Ebro*.

Según leemos en un tratado geográfico, está situado su origen entre los 12 y 13 grados de longitud oriental de Tenerife, y á los 43 de latitud Norte; hacia el centro, y en el punto al parecer menos elevado de la larga cadena de los Pirineos, que corriendo desde Francia al Oeste va á perderse en el mar de Galicia. Dista sobre poco mas ó menos una legua al Occidente, de la villa de Reinosa que es, después de la capital, la primera población de la provincia de Santander, por el número de sus vecinos y por la riqueza de sus comerciantes, dedicados principalmente al tráfico de cereales y de harinas.

Varios son los manantiales, que reunidos en un reducido espacio, dan desde luego al río un caudal tan considerable que sobre el mismo nacimiento podría flotar un barco de cubierta, y que las dos orillas están allí mismo á distancia de algunas varas. Unas fuentes brotan sobre la superficie del río; pero las mas abundantes, dicen los del país, ser las que están en el fondo del agua. A tan pequeña distancia, que nos pareció ser la de un quilómetro, hay una gran fábrica de harinas, cuyas máquinas se mueven con las aguas del río, apenas aumentadas con las de algunos arroyos.

En la vista que encabeza este artículo, copiado del natural por el autor de las presentes líneas, se halla en primer término el punto en que nace el río, viéndose en la parte mas cercana al espectador, el agua que cubre las fuentes mas abundantes y un poco mas hacia el fondo las otras

fuentes. En último término descuellan sobre una altura los paredones, casi totalmente destruidos, de una antigua torre solariega del apellido *Mantilla*, cuyas piedras han ido rodando desde lo alto hacia el río, y han formado como un depósito que hemos copiado en nuestro dibujo. Los árboles y demas accesorios del cuadro pueden dar una idea, aunque débil, de lo pintoresco del paisaje.

La altura en que se ve la torre de los Mantillas es la divisoria de las aguas que van, las del lado del Mediodía, que es el copiado en el grabado, al mar Mediterráneo en donde entra el Ebro por el puerto de los Alfaques cerca de Tortosa; las que brotan al lado del Norte marchan á aumentar las del Océano Cantábrico en numerosos ríos de corta extensión y de no grande caudal.

Cerca del origen del Ebro nacen los primeros afluyentes del Pisuerga, que desemboca en el Duero mas abajo de Valladolid; yendo por consecuencia sus aguas al Océano Atlántico. Como todas estas corrientes siguen direcciones tan diversas, los geógrafos habían creído que existían allí grandes montañas y así lo figuraban en los mapas, hasta que habiendo en tiempo de Carlos III mandado el ministerio del Conde de Floridablanca, á ingenieros hábiles, hacer los estudios del Canal de Castilla, estos, examinando cuidadosa y diligentemente aquellas montañas imaginarias, hallaron precisamente en el sitio en que creían estar su supuesta mole, una pequeña diferencia de nivel.

La primera población notable, que en su tortuoso curso baña el Ebro, es la ya citada de Reinosa, que está en el camino real que de Valladolid va por Palencia á Santander.

Aunque muchos curiosos viajeros han visitado el nacimiento del Ebro, no sabemos que hasta ahora se haya pu-

5 DE OCTUBRE DE 1856.

blicado de él ni una ligera vista; motivo por el cual no hemos querido retrasar mas tiempo el presentar la adjunta, que por el interes que debe inspirar el original, esperamos sea recibida con benevolencia por la generalidad de nuestros lectores.

MANUEL DE ASSAS.

FIESTAS DE LA ORDEN DEL TOISON DE ORO CELEBRADAS EN BARCELONA EN EL AÑO DE 1519.

La Orden del Toison de Oro, creada en Brujas en el año de 1429 por Felipe el Bueno, era una de las Ordenes de caballería mas ilustres y señaladas de Europa (1). Carlos I, Rey de Castilla, jefe soberano de la Orden como Duque de Borgoña, queriendo dar una elevada idea de su importancia y atraerse al propio tiempo el afecto y consideracion de la nobleza de los reinos de Castilla y Aragon, distribuyendo entre sus individuos algunos collares del Toison, convocó el capítulo de la Orden, para el 2 de marzo de 1519, en Barcelona á donde se dirigia con el objeto de hacerse jurar y reconocer por Conde.

El joven Príncipe llegó el día 14 de febrero del mismo año, á la capital de Cataluña en donde fué recibido con ostentoso aparato. Hubo con este motivo magnificas fiestas, alardes vistosos de guerra y torneos, que se suspendieron al recibir la nueva del fallecimiento del Emperador de Austria Maximiliano I, abuelo de D. Carlos.

Mucha gente habia acudido á las fiestas reales, y no fue menos la que atrajeron las de una Orden de caballería tan insigne como la del Toison de Oro, que por primera vez iban á celebrarse en España. Varios Obispos y caballeros ilustres de estos reinos fueron invitados, dando con su asistencia mayor realce y ostentacion á las fiestas.

La primera reunion del capítulo fue el día 2 de marzo en el palacio del Arzobispo de Tarragona, en que se hospedaba el Rey. Solo asistieron á ella los caballeros Guillermo de Croy, señor de Chevres; D. Juan Manuel, señor de Cevico de la Torre; Juan, Marqués de Brandembourg; Lorenzo de Gorrevod Conde de Pont de Vaux; Felipe de Croy, Duque de Archot; Carlos de Lannoy, señor de Sencelles y Juan Conde de Egmont. De los grandes oficiales de la Orden (2) solo concurrieron el Tesorero, el Grefier y el Rey de

(1) Los escritores que han tratado del origen de esta Orden de caballería no estan de acuerdo acerca de las causas que influyeron en su fundacion. Andres Favín en su *Teatro de Honor* dice, fue galantería de Carlos el Bueno con cierta dama suya. Gregorio Leti, *Teatrum Belg.* atribuye la fundacion de la Orden á la política del mismo Duque, el cual trató por este medio, segun él, de dar impulso al comercio y á la industria, haciendo que la insignia de la Lana pendiese del cuello de los magnates, como un simbolo de honor y gloria. Otros creen que impulsó solo al fundador un motivo religioso. Porreño explica en nuestra opinion la verdadera causa en su *Historia ms. del Tussón*. «Casó, dice, el Duque Felipe en Brujas con Isabela, hija de don Juan, Rey de Portugal, primero de este nombre, y de la Reina doña Felipa de Lancastre, su mujer. El primero día de sus reales bodas, esto es, á 10 de enero de 1429, en gracia de su esposa Isabela instituyó la dicha Orden para servicio y honra de Dios, y para mayor grandeza y magestad de su corte, á imitacion de muchos reyes y Principes cristianos que en aquellos tiempos daban divisas y orden de caballería á los mas valerosos caballeros, asi naturales como extranjeros que se aventajaban en armas y hechos de caballería.»

(2) Los grandes oficiales de la Orden eran cuatro: el Canciller, Tesorero, Grefier y el Rey de Armas llamado *Toison de Oro*. Sus funciones eran las siguientes: El Canciller tenia en guarda los sellos de la Orden, refrendaba todos los despachos, trataba con el Rey de todos los asuntos de la Orden, y era el jefe de los otros tres oficiales.

El Tesorero tenia á su cargo la custodia de los mantos capitulares de la Orden, túnicas y gorras de los caballeros, las alhajas, dotacion, fondos y los libros de constituciones, y cuidaba del adorno de la iglesia en que se celebraba el capítulo.

El Grefier llevaba el asiento de los libros de la Orden, en que se regis-

traban las resoluciones y acuerdos de los capítulos, las acciones loables de los caballeros, y las dignas de correccion; y dirigia las cartas de convocacion para los capítulos y los avisos de la defuncion de los individuos de la misma.

El Toison de Oro, que segun queda dicho era el Rey de Armas, cuidaba como tal de la colocacion de los escudos en los capitulos segun la heráldica, llevaba mensajes y despachos á los caballeros de la Orden, é intervenia en las cuestiones de honor.

(3) El número de caballeros creado por el Duque Felipe el Bueno, era el de treinta y uno. Carlos V le aumentó hasta el de cincuenta y uno en el año 1516; pero dudando si esta alteracion era válida recurrió al Pontífice Leon X, el cual despachó Bula en 8 de Diciembre de 1516 confirmando dicho aumento.

(4) La eleccion de los caballeros, hecha por el capítulo de la orden, subsistió hasta el año de 1577 en que habiendo fallecido la mayor parte de sus individuos, obtuvo Felipe II Bula de Gregorio XIII para reemplazarlos sin reunir el capítulo.

El jefe soberano les amonestó despues, declarasen cuales eran entre los propuestos los que creian mas dignos de ser admitidos en aquella amigable confraternidad y compañía. Los caballeros se fueron levantando por antigüedad y poniendo en una caja de oro que habia en la mesa frente al trono un papel enrollado con los nombres de los que cada uno deseaba fuesen elegidos. Despues que concluyeron los caballeros ejecutó lo mismo el Rey.

Hecha la votacion, el Grefier fué leyendo y sentando en un registro una por una todas las cédulas, y averiguado el número de votos que cada uno de los candidatos habia obtenido, declaró el rey electos y admitidos en la Orden á los individuos siguientes:

Cristerno II, Rey de Dinamarca y de Noruega.
Sigismundo I, Rey de Polonia.

traban las resoluciones y acuerdos de los capítulos, las acciones loables de los caballeros, y las dignas de correccion; y dirigia las cartas de convocacion para los capítulos y los avisos de la defuncion de los individuos de la misma.

El Toison de Oro, que segun queda dicho era el Rey de Armas, cuidaba como tal de la colocacion de los escudos en los capitulos segun la heráldica, llevaba mensajes y despachos á los caballeros de la Orden, é intervenia en las cuestiones de honor.

(3) El número de caballeros creado por el Duque Felipe el Bueno, era el de treinta y uno. Carlos V le aumentó hasta el de cincuenta y uno en el año 1516; pero dudando si esta alteracion era válida recurrió al Pontífice Leon X, el cual despachó Bula en 8 de Diciembre de 1516 confirmando dicho aumento.

(4) La eleccion de los caballeros, hecha por el capítulo de la orden, subsistió hasta el año de 1577 en que habiendo fallecido la mayor parte de sus individuos, obtuvo Felipe II Bula de Gregorio XIII para reemplazarlos sin reunir el capítulo.

D. Fadrique Alvarez de Toledo, Duque de Alva.
D. Diego Lopez Pacheco, Duque de Escalona.
D. Diego Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado.
D. Íñigo Fernandez de Velasco, Duque de Frias, Condestable de Castilla.

D. Alvaro de Zúñiga, Duque de Bejar.
D. Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera.
D. Fernando Folch de Cardona, Duque de Cardona.
Pedro Antonio Sanseverino, Príncipe de Bisignano.
Pedro Antonio, Duque de San Mayr.
D. Fadrique Enriquez de Cabrera, Conde de Melgar, Almirante de Castilla.

D. Alvaro Perez Osorio, Marqués de Astorga.
D. Antonio Alfonso Pimentel, Conde de Benavente (1).
Jacobo de Luzemburg, Conde de Gavre.
Adriano de Croy, Señor de Beaurainy.
Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange.

Se acordó se diese aviso á los agraciados en la forma acostumbrada, y se levantó el capítulo. En la sesión del día 4 se presentaron los Duques de Alva, Frias, Bejar, Cardona, Conde de Melgar, Príncipe Bisignano y Jacobo de Luzemburg, dieron gracias por el distinguido honor que habían recibido, y manifestaron estaban dispuestos á observar cuanto tenia establecido la Orden y á cumplirlo exactamente. Prestaron los juramentos que marcan los estatutos, y el Rey les puso el collar diciéndoles: «La Orden del Toison de Oro os recibe en el número de sus miembros y en señal de ello quiera Dios, podáis usar de él muchos años para mayor honra y gloria suya y exaltacion de su Iglesia, para mayor esplendor y lustre de esta nuestra Orden, y en particular para mayor aplauso y celebridad de vuestra esclarecida fama: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amen.» A lo que contestaron «sea Dios servido de concedérmelo.» El decano de la Orden acompañó á los nuevos caballeros hasta el Trono, en donde el Rey les abrazó y dió el ósculo de paz; lo mismo hicieron los demás individuos del Toison.

Los Duques de Escalona y del Infantado se excusaron de presentarse por su avanzada edad; pero en atención á que por sus cartas habían declarado querer aceptar su eleccion, se ordenó que las targetas y escudos de sus armas se colocasen en el coro de la iglesia, del mismo modo que si hubiesen recibido el collar.

El capítulo trató de varios asuntos de la Orden, y despues de leer el Grefier una relacion de las loables acciones ó defectos de los caballeros desde el último capítulo, se procedió al exámen de la vida y costumbres de cada uno de los caballeros y oficiales de la Orden, incluso el jefe soberano. No hemos podido averiguar si se halló que reprender en la conducta de los individuos presentes y ausentes, sometidos por los estatutos á esta formalidad (2).

El día 5 de marzo á las tres de la tarde todos los caballeros de la Orden, con sus trajes de terciopelo carmesí forrados de raso blanco, bordados los ribetes de oro con los eslabones y pedernales y la cruz de San Andrés, con gorras ó bonetes de terciopelo del mismo color, y el collar

pendiente del cuello, se presentaron en la cámara real precedidos del Grefier.

El traje de estos era igual al de los caballeros. El Toison de Oro vestia cota de armas como en otras ocasiones, y llevaba sobre sus hombros un collar grande de oro llamado *potencia*, compuesto de veinte y cinco eslabones y otros tantos pedernales, entre los cuales estaban engarzados cincuenta escudos con las armas de los caballeros de la Orden. Pendia de él una medalla con las armas reales, y de esta un pequeño tuson: en la mano llevaba una vara ó baston.

Salió la comision de palacio con el jefe de la Orden, que llevaba el mismo traje que los caballeros, montaron todos en caballos lujosamente enjaezados, dirigiéndose por el Regomir, casa de la ciudad y de la diputacion en el órden siguiente: La capilla real con cruz levantada, los capellanes con capas de brocado presididos por D. Juan de Tormo obispo de Vich: seguian varios trompeteros y músicos á caballo, dos maceros reales y un Rey de Armas en medio: un portero con la maza real y dos heraldos á los lados; el *Toison de Oro* en medio de algunos heraldos. Los oficiales de la Orden y los caballeros en dos filas, y el Rey detrás seguido de un crecido número de caballeros de la corte, grandes señores, heraldos y pajes, cerrando la marcha los archeros y alabarderos de la guardia española, flamenca y alemana.

Las campanas de las iglesias y conventos se tocaban á vuelo, al mismo tiempo que la artillería de la ciudad y la de algunos buques del puerto hacian salvas en celebridad de esta solemnidad. Las calles, balcones y plazuelas por donde pasaba la real comitiva estaban llenas de gente.

Al llegar á San Jaime salió á recibirla en procesion el clero de la catedral, con cruz y estandartes, incorporándose á la misma, entonando cánticos é himnos á la Virgen. Pasó por el palacio del Obispo y entró en la iglesia por la puerta principal. Los oficiales y caballeros de la Orden se dirigieron al coro, acompañados del clero, y los demás individuos al sitio que de antemano les estaba señalado.

El coro estaba colgado de terciopelo carmesí, la parte superior de todas las sillas pintada de oro y azul y encima los escudos de armas de todos los caballeros. Los que pertenecieron á los que habían fallecido desde el último capítulo estaban colocados sobre terciopelo negro. La silla en que se sentó el Rey estaba cubierta de raso de brocado, con dosel de lo mismo, y la destinada para colocar las armas del difunto Emperador Maximiliano, de terciopelo negro y lo mismo el dosel. El adorno de toda la iglesia correspondia al del coro.

La música de la capilla real dió principio á la ceremonia. Se cantaron completas con tanta solemnidad que se concluyeron bastante entrada la noche. La comitiva regresó á palacio en la misma forma, en donde dió el Rey una espléndida cena á los individuos de la Orden, oficiales y caballeros de la corte.

A las nueve de la mañana siguiente salió con el mismo órden la comitiva real encaminándose por la calle Ancha, Santa María del Mar, calle de Moncada, plazuela de la Lana, cárcel y palacio del Rey. A la puerta de la catedral esperaba el clero con el Obispo de Vich á su cabeza, se adelantó este y con un hisopo de plata dió agua bendita al Rey.

Colocados el jefe de la Orden y los caballeros en el coro, y las personas convidadas en sus sitios, se dió principio á la misa mayor que ofició el ya mencionado Obispo de Vich y se cantó con acompañamiento de la música de la capilla real. Despues del evangelio el prelado que oficiaba, precedido del Rey de Armas, varios heraldos, y acompañado de algunos Obispos, llevó á besar el misal al jefe soberano.

Al ofertorio el *Toison de Oro* se adelantó hacia el Trono, hizo tres reverencias al Rey y le dijo en voz alta: «Muy alto, muy excelente y muy poderoso Príncipe, Rey de Castilla etc.

(1) Sandobal, *Historia de Carlos V*, lib. III, párrafo XXXII, refiere que el Conde de Benavente no quiso la divisa del Toison, diciendo que él era muy castellano, y que no se honraba con blasones extranjeros, pues los había tan buenos en el reino y á su estimacion mejores. Chiflecio y otros escritores han desmentido este aserto manifestando que si el Conde no aceptó fué porque era caballero profeso de la Orden de Santiago, y como tal gozaba la encomienda de Castro-Torafe, la que debía renunciar aceptando.—El conde de Benavente estaba á la sazón en Barcelona.

(2) Uno de los electos en este capítulo, el Duque de Cardona, fue algunos años despues suspenso en sus funciones de caballero, y por sentencia de la Orden se le impuso la pena de pasar en peregrinacion á Nuestra Señera de Monserrat, y dejar en su templo una lámpara de plata, por haber jugado el collar del Toison. Véase Pinedo, *Historia de la Orden*, tom. II, pag. 356.

Jefe soberano de la Orden del Toison de oro venid á la ofrenda.» El Rey se levantó y lo mismo hicieron los caballeros, poniéndose en dos filas, y se dirigieron al altar precedidos de los grandes oficiales y de varios heraldos. Don Carlos ofreció cuatro ducados de oro y se volvió al trono con el mismo acompañamiento: entonces el *Toison* fué llamando de dos en dos á individuos de la Orden: saludaban estos al Príncipe y recogiendo las colas de sus mantos iban á ofrecer cada uno un ducado de oro. Los caballeros ausentes también fueron llamados ofreciendo en su nombre algunos de los presentes. Despues del ofertorio se predicó un sermón en que se hizo un elogio de la Orden, de su fundador y sucesores, y de los personajes ilustres que habían llevado el collar, estimulando el celo de sus individuos á que siguiesen tan noble ejemplo. Al *Agnus Dei* el prelado que oficiaba, precedido del *Toison* y de algunos heraldos, dió á besar la paz al Rey. Con la misa se dió fin á la fiesta de la mañana.

En este día se dió en palacio una espléndida comida á la que asistieron los caballeros, Obispos y oficiales de la corte.

A las tres de la tarde salió otra vez la real comitiva. El traje era de luto, de terciopelo negro sin arrastrar y sin cola, con el collar por encima.

Las trompetas guarnecidas de negro no se tocaban. En la catedral, que estaba colgada de negro, se cantaron con mucha solemnidad vísperas y completas de difuntos.

A la mañana del día siguiente en que se celebraba el aniversario por los caballeros difuntos, volvieron á la iglesia con los trajes de la víspera y en la misma forma. Al ofertorio llamó el *Toison* al Rey y á los demás individuos por sus nombres, ofrecieron cada uno de por sí una vela de cera de la que pendía el escudo de sus armas, las cuales eran colo-

radas en un gran candelabro que tenía tantos brazos como caballeros la Orden: despues se hizo lo mismo con los ausentes, ofreciendo por ellos sus procuradores caballeros de la Orden; y últimamente llamó por sus nombres á los caballeros difuntos y con aire triste contestaba el mismo *Toison*: *ha muerto*, y apagaba sus velas y dos heraldos las colocaban en el candelabro. Al llamar al Emperador Maximiliano fué el Rey en persona á ofrecer su vela.

El Grefier leyó una lista de los nombres y títulos de los jefes y caballeros difuntos, cantándose en seguida el salmo *de profundis clamavi*. Ofició la misa D. Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Búrgos, el cual comió en este día en la mesa del Rey y los caballeros en la misma sala en otra mesa mas baja.

Por la tarde asistieron á unas solemnes vísperas y completas vestidos de damasco blanco y gorras de terciopelo carmesí.

En la mañana del día 8 se reunió el capítulo de la Orden en la catedral: los caballeros y el Rey, vestidos como en la víspera, oyeron una misa que se cantó con mucha solemnidad en la capilla real, y ofició el Obispo de Barcelona don Martin García. En este día ofreció solo el Rey, precedido de todos los Reyes de Armas, heraldos y todos los caballeros. Dióse otro espléndido banquete en palacio, con lo que concluyeron las fiestas del *Toison*, en cuya memoria se conservan pintadas en el coro de la catedral las armas de los caballeros de la Orden y en la iglesia esta inscripcion.

Invictissimus Carolus, Dei gratia Hispaniarum Rex catholicus, et Archi-Dux Austriæ, Dux Burgundiae, etc. Solemnitatem insignissimi ordinis aurei velleris, cui tanquam supremus præerat in hac Ecclesia V, VI, VII, VIII. Diebus mensis martii, anno Domini MDXIX et regni ejus quarto, solemnissime celebravit.



Estudio de pintor del siglo XVI.

ARTES Y OFICIOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

Entre las muchas curiosidades que encierra la suntuosa catedral de Búrgos hay una en que muy pocas personas reparan, y que sin embargo es de bastante importancia para todos los que desean saber algo acerca del modo de vivir las gentes en las pasadas edades. Hablamos de diferentes escenas de la vida humana representadas en embutidos, hechos con boj sobre otra madera de color muy oscuro, en los asientos de la sillería del coro de la Santa Iglesia metropolitana burgense.

En unas se ven parejas que bailan al son del instrumento que toca un músico, en otras soldados en marcha, en

otra un astrólogo, en otra un zahorí, y en otras, otros diferentes asuntos.

Hoy damos en el SEMANARIO PINTORESCO, copiados con la mas prolija escrupulosidad, los dibujos de dos de aquellos asientos, presentándolos, no como modelo artístico ni como muestra del estado de las artes del diseño en aquella época, pues para esto podrían tomarse otros mejores en aquel mismo coro y en otras muchas partes de la ciudad; sino porque manifestando en lo posible la manera de trabajar sus obras los artistas y artesanos, en su estudio y taller, sirven bajo cierto respeto, para la historia de la *vida interior*, digámoslo así, de los que se han dedicado á las artes y oficios.

Los embutidos, fueron ejecutados á principios del si-

glo XVI, y los trajes y otros objetos hacen ver que las escenas allí copiadas pertenecen á esta misma época.

Las figuras y demas objetos en ellos representados son la parte que hay de chapa de boj, y sobre esta se ven rayitas negras grabadas, segun parece, con una punta de hierro candente, y que se han imitado con toda exactitud en los adjuntos grabados.

El primero de estos representa el estudio de un pintor. Al extremo derecho se ve al maestro sentado en un sillón y pintando un cuadro en el caballete, apoyando su mano derecha, que tiene el pincel, en el *tiento* que se supone tener con la izquierda: mas al extremo se ven colgados en la pared pinceles y paletas, y abajo en el suelo una gran cartera como para guardar dibujos ó bocetos. Junto á los piés del sillón hay un papel ó pergamino arrollado en el cual podia estar el diseño del cuadro que se está pintando. Detrás del maestro se ve un aprendiz moliendo colores en una piedra colocada sobre una mesa, y sobre esta hay otra piedra en que se figura que el aprendiz ha ido depositando los colores preparados. A sus piés hay un cuchillo que á este sirve para las operaciones, en que está empleado.—La tercera figura representa un oficial de pintor, que al parecer prepara unas columnas de bulto para estofarlas, puesto que á su derecha se ve colgada una brocha plana como la que se usa á tal fin, y el paño que se necesita para impedir que el aire se lleve las hojas con que se dora; debajo de la mesa en que apoya la basa de la columna al prepararla, hay un puchero sobre las ascuas de un brasero. En un ángulo de la misma mesa está un querubín que tal vez se ha querido figurar de bulto y que ha de ser pintado ó estofado por el oficial. Detrás de este se ven algunas otras columnas en pié, que han pasado ó van á pasar por sus manos. Algunos otros objetos

que se observan en el mismo estudio completan este cuadro.

El segundo grabado presenta un taller de zapatero. En el extremo derecho el maestro, en pié, corta suela sobre una mesa con la cuchilla corva. Sobre la mesa y colgando por delante de ella se ve un gran pedazo de material como badana ó becerro: en la misma mesa hay dos objetos que parecen una horma y una suela cortada.—Sigue á esta figura la de un oficial ó aprendiz de zapatero sentado, estirando con los dientes el material, y teniendo una horma asegurada con el tirapié: delante de él hay un cubo de agua para remojar el material, y encima de este una bota colgada. Entre esta y la cabeza del maestro hay una tabla ó vasar sobre el cual se divisan varios objetos del oficio.—Continuando hacia la izquierda se ve á un oficial barbudo probando un zapato á un parroquiano, de una manera nada cómoda.—Termina el cuadro con otro aprendiz ú oficial sentado y cosiendo; delante de él hay una jarra; sobre esta, colgado en la pared, un par de botas, y á la misma altura, á derecha é izquierda, dos pares de zapatos, el uno de punta redonda y altos, y el otro de punta roma y escotados; todos picados ó sea con aberturas en la parte superior del pié.

La perspectiva lineal de ambos dibujos es bastante imperfecta, aunque no tanto que no pueda comprenderse lo que representan; pero seria de desear que el dibujante del original hubiese por lo menos indicado el suelo. El autor de este artículo los calcó del mismo original, y ha procurado que aqui se reproduzcan tales como alli están con sola la diferencia del tamaño que en la sillería de la catedral de Búrgos es, en cada dibujo, considerado por su anchura, tan grande, sobre poco, como el de un asiento nada estrecho.

MANUEL DE ASSAS.



Taller de zapatero en el siglo XVI.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

INVOCACION.

....Hermosas niñas que aun absorbéis felices el nectar de la vida; mansas palomas que aun os adormeceis al suave arrullo de una esperanza acaso engañadora; tiernas crisálidas veladas todavía por el manto purísimo de la ilusión; suspended un momento vuestras diversiones, despertad un instante del ensueño magnético que os halaga, y prestadme

vuestro oído; pues en breves palabras á referiros voy la triste historia de una violeta.

EL BAILE.

I.

No hay cosa mas grande, mas bella ni mas adolorada, que un salón adornado para baile en alguna de las magníficas casas de la corte, que por la elegancia de sus maneras, y por el tono de sus costumbres, son bien conocidas en la alta sociedad.

Pero no hay tampoco cosa mas alegre y divertida que examinar las diferentes clases de jóvenes que á ellas concurren.

Unos van únicamente por lucir su botita de charol, por lucir su estirado guante color de canario, por lucir el lazo

de su corbata prendido según ellos con mas elegancia que en el *soiré* anterior; por lucir su frac, sus *quevedos*, por lucir los nuevos botones que ostentan en su almidonada camisa.

Estos son los *POLOS*.

Otros van por lucir ante las bellas su apasionado desden; por dirigir una mirada de indiferencia, á la que en otro tiempo dirigieron una mirada de amor; por galardear el lujo de un traje que aparentan despreciar, y por burlarse de una pasión que tal vez entonces mismo abrasa su pecho.

Estos son los *SEMIGALLOS*.

Otros van por despreciar á las niñas, por insultar á las doncellas, por obsequiar á las casadas, por ofender á los maridos.

Estos son los *GALLOS*.

Por último; otros van, y no son los menos, que habiendo salido hace tiempo de la edad de *pollos*, no tienen otro placer en el mundo, no saben hacer otra cosa en la vida, ni valen para mas en la sociedad, que para imitar todas las ridiculeces de aquellos.

Estos son los *NECIOS*.

Hé aquí hermosas mías, las observaciones que mi experiencia ha recogido en los bailes de la corte.

A la primera clase de donceles que os he mencionado, tenedle compasión; á la segunda desdeñadla; á la tercera huidla; á la cuarta despreciadla.

Pero es ya hora de que abandonando murmuraciones ajenas, nos ocupemos de la historia que os ofrecí referir.

Era una noche de primavera, y en casa de la Marquesa de Viseflor, se celebraba un suntuoso baile.

Junto á la puerta se veían multitud de coches con lacayos de librea; el vestíbulo despedía los mágicos rayos de cien faroles de gas; las anchas y alfombradas escaleras estaban orilladas con grandes tóboles de aromáticas flores; y los salones de la fiesta ostentaban el lujo que en tales casos sabía desplegar la Marquesa de Viseflor.

Alcatifas, colgaduras, lámparas, pabellones, fanales, rosas, todo lo mas bello que el arte y la naturaleza producen, lo había conuinado aquella noche en sus salones esta señora con gusto delicado y admirable artificio.

La concurrencia era tan numerosa como elegante; y al son de una ligera polca con que la orquesta se inauguró en una cámara inmediata, comenzó á bullir aquella selecta muchedumbre, confundiendo los sonidos de la orquesta con el blando crujir de los vestidos de seda; confundiendo el blando crujir de los vestidos con las dulces espresiones que murmuraban sus labios, con los suspiros mentidos ó verdaderos que despedían sus corazones.

No todos bailaban.

En uno de los ángulos de la habitación, y casi oculto entre las hondas de dos pabellones carmesí, se veía enteramente distraído un joven de veinte y cuatro años.

Vestia un traje negro con el frac abotonado: llevaba bigote y perilla, y la languidez de su mirada, y la palidez de su rostro hacían maravilloso contraste con su negra cabellera que flotaba sobre su espalda.

En su profunda distracción jugueteaba con una cadena de oro que asomaba entre los botones de su frac.

—No baila usted Alfredo? le dijo la Marquesa acercándose á él con la amabilidad que le caracterizaba.

—Señora... respondió Alfredo despertando de su letargo é inclinándose con galantería, estoy á las órdenes de usted...

—Mil gracias Alfredo, contestó la Marquesa; yo quería decir á usted con esa indicación, que hay jóvenes hermosas en el baile que esperan con anhelo su mano de usted.

—Marquesa, permitame usted que le replique que no veo ninguna que me espere; á quién quiere usted que me dirija?

—A aquella niña que está sentada junto al macetero de tulipanes.

—Es verdad... exclamó Alfredo fijando en ella sus ojos; y es muy hermosa... y está sola...

—Sola y hermosa, amigo mio; respondió la Marquesa con espresion galante: y como yo no quiero que nadie represente un papel desairado en mi palacio... me he dirigido á Alfredo.

—Y Alfredo ha recibido en ello una honra que no merece. Pero dígame usted señora, cómo no se ha acercado á ella alguno de esa multitud de jóvenes que pasean en la antesala?

—Sin duda porque no es de Madrid; ó tal vez porque en el vestíbulo no la espera algun lacayo.

—Invéciles!... exclamó Alfredo mirando con ironía á los jóvenes que paseaban.

—Siempre Poeta!... repuso la Marquesa mirando á Alfredo con halagüeña sonrisa.

—Siempre poeta! repitió Alfredo con amargura. Siempre poeta para lamentar las ridiculeces de la sociedad.

—Concluirá la polca? tornó á preguntar la Marquesa.

—No sin que baile aquella joven; volvió á responder Alfredo.

En seguida se levantó; tendió su mano con elegancia á la Marquesa y cruzando el bullicioso salón hizo una profunda cortesía ante la joven forastera.

Era esta joven una niña de diez y nueve años; alta, lânguida y flexible.

Sus blandos movimientos, su dulce sonreír, su tímido mirar, revelaban al traves de sus bellísimas formas un corazón de tórtola y una alma de ángel.

Vestia con elegancia pero con sencillez: una guirnalda de flores de naranja alternaba ruborosa con los rizos de su peinado; y entre los encajes del pecho asomaba un ramo de violetas moradas.

—Usted me hará la honra de bailar conmigo? le dijo Alfredo.

—La honra será mia, caballero; contestó la joven sonriendo con satisfacción.

Y un iris de placer veló su rostro.

—Y cómo no? á qué niña le gusta verse postergada en una brillante reunión donde se la presenta por vez primera?

La joven se sonrió al tomar con su brazo el brazo de Alfredo; y esta sonrisa fue la espresion de agradecimiento con que su alma pagaba aquel obsequio.

—Le gusta á usted el baile niña? le preguntó Alfredo.

—Si señor, me encanta: respondió ella con candor.

—Pues entonces desearia usted bailar...

—Así es, pero como soy forastera ningún caballero ha tenido abien aproximarse á mí, hasta que lo ha hecho usted.

—Es que tambien yo soy forastero.

—Tambien usted?

—Si señora.

—Y está muy lejos su pueblo de usted?

—Cincuenta leguas, y el de usted?

—Yo no vivo en pueblo, vivo en una quinta junto á un lugar que dista de aquí doce leguas.

—Qué vida tan feliz disfrutará usted en la quinta! exclamó Alfredo conmovido.

—Cuanto mas feliz la disfrutará usted en la corte! repuso la joven sonriendo.

—En la corte! murmuró Alfredo con amargura. Sabe usted lo que es la corte, hermosa niña?

—Una mansion de delicias.

—Para usted que cándida como el primer rayo de la aurora no puede usted ver todavía otra cosa en el mundo que bellezas y placeres; para usted que saluda esta noche la sociedad de Madrid: pero deje usted que se deslice algun tiem-

po y esta sociedad que hoy le alhaga emponzoñará de hiel su corazón como ha emponzoñado el mío. Aquí todo es falsedad, señora, aquí todo es mentira: ve usted esos caballeros que se deshacen en obsequios con las damas con quienes bailan? mienten en cuanto les dicen: y ve usted esas damas que suspiran apasionadas, que sonríen lánguidas á los galanteos que sus parejas les dirigen? mienten cuando suspiran; mienten cuando sonríen!

—De una manera tan odiosa me va usted pintando caballero la sociedad, que casi casi me hace usted desear volver á mi quinta.

—Vuelva usted niña, vuelva usted antes de que al volver tenga usted que derramar una lágrima de amargura. La quinta de usted será muy pintoresca?

—Oh muy pintoresca, eso sí: en la falda de un monte, á la orilla de un arroyo, y junto á una deliciosa vega, se levanta con sus cuatro torres entre los jardines que mi padre ha plantado para mi recreo.

—Ah! tiene usted padre... y una quinta... y bosques, y arroyos y jardines...

—Y fieles criados y tórtolas... y palomas...

—Y abandona usted aquel delicioso Eden para venir á la corte? ¡Ay señora mía, usted es ni mas ni menos que una blanca mariposa á quien compadezco.

—¿Por qué? preguntó la niña sonriendo.

—Porque cansada de aspirar el aroma de las flores de su quinta, viene usted á volar en torno de esta sociedad que la deslumbra hoy con su fulgor, pero que la abrasará mañana el corazón, como la luz le abrasa las alas á la infeliz mariposa.

—¿Qué comparación tan bella! exclamó la joven con inocencia: me gusta tanto el lenguaje de usted... me recuerdo un tomo de poesías que hace poco me llevaron á mi quinta, y en el que leo todas las mañanas.

—Le gusta á usted la poesía niña?

—Sobre manera: me encanta en unos términos la música del verso, que cuando leo poesías me creo mas feliz.

—Es decir que para usted la poesía tiene su música?

—Ay! sí por cierto; así como la música tiene su poesía.

—Y quién le ha enseñado á usted eso? le preguntó Alfredo con curiosidad.

—Nadie; contestó la niña con estremada dulzura; el que ha enseñado al ruiseñor á trinar, y á los arroyos á murmurar.

—Esta contestación dejó asombrado á Alfredo, quien volvió á preguntarle con algun interés:

—¿Cómo se llama usted niña?

—Adamina, servidora de usted.

—¿Qué nombre tan bonito! exclamó Alfredo.

—¿Le gusta á usted?

—Mucho.

—Me alegro: y usted cómo se llama, caballero?

—Me llamo Alfredo....

—Alfredo? lo interrumpió la niña sin dejarlo concluir.

—Si señora.

—Y el apellido?

—Valparaíso.

—Alfredo Valparaíso, es el autor del tomo de poesías que tanto me agrada á mi.

—Soy el mismo, señora mía.

—Usted es el poeta? exclamó sorprendida.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Nada.

Y bajó los ojos ruborizada.

El poeta la miró con interés.

La niña cambió una tierna y modesta mirada con la expresiva mirada del poeta.

En esto se acercó á ellos la Marquesa, y con su galante amabilidad, dijo á Alfredo;

—Amigo mío: parece que se dar remedios contra los esplines?

Siempre obra con acierto la Marquesa de Visleflor: respondió Alfredo.

—Pero no observa usted que esta niña tendrá gusto en bailar? repitió la Marquesa.

—Es verdad; contestó Alfredo.

Y adoptando una de las posturas mas lánguidas que la polka ofrece, se perdieron entre la acalorada muchedumbre del salón.

Los lejanos sonidos de la orquesta; la luz misteriosa de los mil fanales; el aroma de las flores y de las esencias; todo convertía aquellos salones en una mansion encantada de placer.

Alfredo y Adamina se hacían notar por la gallardía de sus movimientos, entre aquella multitud de invéciles que hollando con su afectación la naturaleza, sacrificaban sus cuerpos por mantener ridículas posturas que solo la estravagancia ha podido descubrir, y el mal gusto secundar.

Pero no hacia ocho minutos que nuestros jóvenes bailaban cuando calló la orquesta; pararon de una vez las parejas como por encanto, ocupó cada una sus respectivos asientos, y el salón tomó de repente aquel aspecto serio y agradable, que en él infunde el conjunto de cien bellísimas jóvenes, cuando ofrecen su hermosura á un solo golpe de vista.

Tan luego como Adamina se hubo sentado, se le acercaron algunas jóvenes, y cruzaron con ella dulces palabras de amistad.

(Se continuará.)

EPIGRAMA.

Doña Catalina Opas
Preguntó al niño Jesualdo:—
«Dí, ¿qué quieres, pan ó caldo?»
Y respondió el niño, —«sopas.»

H. MUXARRIZ.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

EL NIÑO.

Peregrino, peregrino,
que solitario y errante
ora traspones la sierra,
ora atraviesas el valle;
¿á dónde vas? ¿por ventura
no ves la noche acercarse?
¿No ves como surca el cielo
el relámpago brillante?
¿No sientes del trueno ronco
la voz misteriosa y grave,
ni te detiene la lluvia
que en espesas gotas cae?
¿A dónde vas peregrino,
tan solitario y errante?

EL PEREGRINO.

Llevo sagradas misiones
en mi penoso viaje;
por eso, niño, camino
tranquilo, sin inmutarme,

y la noche no me apena
ni la tormenta me abate.

EL NIÑO.

Y dí, romero no duermes?
¿No prestas descanso suave
á tus fatigados miembros
al declinar de la tarde?

EL PEREGRINO.

Niño, recorriendo el mundo
yo no tengo otros hogares
que los que Dios me depara
dónde la noche me alcance.
El árbol me da su sombra,
las flores lecho suave,
el cielo techumbre y manto,
y blando arrullo las aves.

EL NIÑO.

Pero hoy, pobre peregrino,
la tempestad formidable
desaliñará tu lecho,
encubrirá tu celaje,
y del canto que te arrulla
hará que las voces callen.

EL PEREGRINO.

Dios es misericordioso,
y espero que Dios me ampare.

EL NIÑO.

¡Ay! ¿y si yo te ofreciera
mi lecho en que reposases?..

EL PEREGRINO.

Dijera que en mi camino,
me enviaba Dios un ángel.

EL NIÑO.

Entra, peregrino anciano,
pasa, pasa estos umbrales,
porque no olvido que un día
me dijo mi buena madre:
»Dá posada al peregrino,
que Dios su reino ha de darte.»

EL PEREGRINO.

¡Niño, que Dios te bendiga!

EL NIÑO.

¡Anciano, que Dios te guarde!

FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

A BRUTO, RRUTO Y MEDIO.

Apeóse en un meson
el caballero don Pedro
que viajaba por Campos
seguido de un paje negro,
y causó tamaño asombro
semejante advenimiento,
que no quedó aquella noche
vicho viviente en el pueblo

que no fuera á ver el rostro
del paje del caballero,
y á admirar, despues de visto,
rostro tan deforme y feo.
Cenaron amo y criado,
y acto continuo, el primero
hizo aparejar dos camas
ambas en un aposento,
encargando al acostarse
que le despierten del sueño
apenas la luz del alba
mande su primer destello.
Pero una vez entregados
en los brazos de Morfeo,
introdujose en la sala
despacito el posadero
para admirar á sus solas
el rostro del paje negro.
«¡Por Barrabás! dijo el hombre,
despues de mirarle atento,
que el caballero sin duda
ha pintado á este mancebo,
pues no es posible que nazca
de alma cristiana este escuerzo.»
Y para salir de dudas,
fuese y volvió al poco tiempo,
y en un santiamen transforma
al infeliz caballero,
embadurnándole el rostro
desde la frente al pescuezo.
Hallólos tan parecidos,
que quedó muy satisfecho,
y tornóse de puntillas
á salir del aposento.
Y allá, cuando el sol naciente
con sus dorados reflejos
las cumbres de las montañas
vino á iluminar de nuevo,
el castellano patron,
entre listo y soñoliento,
volvió á la cama del huésped
y llamóle con empeño,
hasta que con sus instancias
consiguió verle despierto.
Echóse fuera y vistióse
más que de prisa don Pedro;
pero ¡cuál fué su sorpresa
cuando al mirarse á un espejo,
tan negro encontró su rostro
como las alas de un cuervo!
¡Voto á Cribas! dijo al fin
entre iracundo y sereno,
ahora adivino claro
que no soy yo el que estoy viendo,
y este patron es un zote,
pues por más que se lo advierto,
en lugar de despertarme
ha despertado á mi negro.

Setiembre, 1836.

FAUSTO L. VILLABRILLE.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.